

# Campaña Libertadora de la Nueva Granada de 1819.

## Combate de Gámeza y Tópaga *(Segunda entrega)*

*Mayor General de la Reserva Activa José Roberto Ibáñez Sánchez  
Miembro de número de la Academia Colombiana de Historia*

Mayor General de la  
Reserva Activa

José Roberto  
Ibáñez Sánchez

*Oficial de la Reserva Activa del Ejército Nacional. Ha desempeñado cargos importantes como: Secretario General del Ministerio de Defensa Nacional, Jefe de la Delegación Militar de Colombia en los Estados Unidos, Director de la Biblioteca Central de las Fuerzas Militares "Tomas Rueda Vargas" y Delegado ante la Junta Interamericana de Defensa. Actualmente es miembro del Consejo Editorial de la Revista Fuerzas Armadas.*

Foto: La familia de Carlos IV. Óleo sobre lienzo. Museo del Prado, Madrid, España

Cuando el Libertador llegó a Socha el 7 de julio, apenas si el Batallón Cazadores se encontraba completo y en condiciones de combatir; a los demás cuerpos los había diezmado el páramo. Pero este batallón hizo grandes esfuerzos para ayudar a recuperar a sus camaradas y hacer la inteligencia sobre el ejército realista en la zona donde se adentraban.

Bolívar tuvo conocimiento de la presencia enemiga en la zona con las escaramuzas del 7 de julio, cuando 40 jinetes de Guías, a órdenes del capitán Durán, y enviados para exploración, sorprendieron y tomaron prisionero un débil destacamento realista en el sitio de La Chivatera, frente a Corrales, lo que obligó al jefe militar de Sogamoso a evacuar la plaza. Del hecho fue notificado Barreiro en Tunja, en horas de la noche, y la mañana del día siguiente emprendió la marcha a Sogamoso, con el Segundo de Numancia y parte del Primero del Rey.

La semana que tuvo el Ejército Libertador para su recuperación fue decisiva a la hora de superar las dificultades del paso del páramo. Se improvisó un hospital de campaña y establecieron en Tasco su cuartel general y una armería, mientras de las poblaciones circunvecinas seguían llegando auxilios, vestuario, víveres y ganados para alimentar a la tropa y remontar a la caballería. Además, Bolívar, dispuso destruir las guarniciones militares españolas ubicadas en las poblaciones a su retaguardia e indagar sobre el enemigo en Venezuela y sobre el avance del general Páez por Cúcuta, pues de él no tenía noticias, pero guardaba débil esperanza.

Presentes los dos ejércitos en la zona de operaciones el 10 de julio, desde Tasco, Santander envió dos columnas de reconocimiento del Ejército Libertador: una de caballería, a Corrales, bajo las órdenes del coronel Briceño, y otra de infantería, a Gámeza, con el teniente Mateo Franco. La primera logró derrotar un piquete de caballería realista, pero la segunda fue sorprendida por el cuerpo español del coronel Nicolás López, que avanzaba sobre la población, la dispersó y capturó 34 prisioneros. Estos fueron conducidos, en Sogamoso, ante Barreiro, quien permitió, en el sitio de La Ramada, su cruel ejecución a manos

---

## El intrépido coronel Arredondo, espada en mano, cayó combatiendo heroicamente.

---

de sus jinetes, y atados por parejas espalda contra espalda.

Las hostilidades del 10 de julio llevaron a Barreiro a tomar posición sobre la Peña de Tópaga, en la ribera sur del río Gámeza, donde organizó su dispositivo y permaneció durante toda la noche. El 11, los dos ejércitos se aproximaron al campo de batalla: el realista, desde su posición, y el patriota, desde Tasco y Gámeza.

El escenario geográfico de este combate está formado por las estribaciones de la Cordillera Oriental, que descansan sobre los fértiles valles de Sogamoso, Duitama y Cerinza. Los caminos allí son tortuosos y oscilantes, corren por las alturas y las hondonadas que forman las ensilladuras de las montañas. El camino que baja de Tasco a Gámeza se bifurca en el sitio La Chivatera, cerca del río Gámeza, hacia Tópaga y Corrales; es pedregoso, con un puente angosto sobre el río, que en época de lluvias forma raudal y arrastra casas y ganados. En el camino a Tópaga y sobre el río, se abre un pequeño valle que termina de forma abrupta al occidente, contra escarpados riscos. El río Gámeza corre de oriente a occidente y vierte sus aguas sobre el Chicamocha, justamente donde termina el valle de Sogamoso y empieza, hacia el norte, el cañón que separa las montañas.

En esta área tuvo lugar el choque entre los dos ejércitos, cuando ninguno disponía de sus efectivos completos: el realista, por la dispersión ya descrita de su dispositivo, y el patriota, por tener varias de sus unidades de retaguardia todavía pasando el páramo. Las fuerzas estaban equilibradas: la patriota disponía de 1000 infantes de la vanguardia, por cuanto solo una cuarta parte de la retaguardia estaba en condiciones de combatir, y unos pocos jinetes. La realista tenía 1000 infantes y 300 jinetes. El contacto comenzó sobre la marcha en las afueras del poblado de Gámeza, donde el Batallón Cazadores y los

pocos jinetes del Escuadrón de Guías que habían conseguido cabalgadura se encontraron con la vanguardia realista, integrada por el Batallón Segundo de Numancia, que durante la mañana había avanzado desde los Molinos de Tópaga.

El grupo patriota que marchaba a la cabeza, comandado por el teniente Ascanio, fue dispersado por la unidad realista, pero el Batallón Cazadores, supo aprovechar el terreno a su favor, y adelantándose rápidamente intentó flanquear al enemigo, lo presionó ofensivamente y lo hizo replegar sobre la ribera sur del río. Pero las fuerzas realistas, reforzadas con el Batallón Primero del Rey y los escuadrones de Dragones de Granada, se hicieron fuertes; las dos fuerzas quedaron a lado y lado y a lo largo del estrecho valle del río.

Santander ordenó avanzar, y así logró barrer de sus posiciones a los tiradores enemigos hasta el Boquerón. Pero como el enemigo ocupaba el terreno dominante, su fuego certero fue mortífero, y cuando la acometida patriota llegó hasta la hondonada del río Monguí, Santander se vio obligado a detenerse, por la escasez de municiones.

Así logró Barreiro reorganizarse y lanzar un contraataque que obligó a la retirada patriota, hasta perder todo el terreno conquistado durante la tarde. La situación se tornó difícil para el Cazadores, que había perdido gran parte de sus oficiales y tropas, pero se formó en cuadro y pudo contener la arremetida realista, y así permitió el repliegue de las otras unidades patriotas a sus posiciones iniciales de la batalla y evitó que el enemigo penetrara sus filas o lo envolviera. El intrépido coronel Arredondo, espada en mano, cayó combatiendo heroicamente. El combate concluyó sobre el valle, cuando la llegada de la noche obligó a los dos ejércitos a suspender el fuego.

Al día siguiente, los dos ejércitos se replegaron: hacia los pueblos de Gámeza y Tasco, el patriota, y hacia el de Tópaga, el realista. Dada la duración de la lucha y por el accidentado terreno, en el campo de batalla debieron quedar cerca de un centenar de hombres entre muertos y heridos por cada bando, aun cuando los partes de batalla disminuyeron sus respectivas bajas. La División

de Vanguardia rindió honores al heroico comandante del Cazadores y a sus jefes y sus soldados muertos en el combate. El general Santander dispuso que, en memoria del heroico Arredondo, los oficiales de vanguardia llevaran una cinta negra en el puño de su sable durante dos días, mientras el sargento mayor Joaquín París lo reemplazaba.

Tal fue el combate de las peñas de Gámeza y Tópaga; intenso, costoso e indeciso, pero con repercusiones en el posterior desarrollo de las operaciones militares. Barreiro se dio cuenta de que su enemigo, de apariencia miserable, no era una chusma de mendigos, sino un ejército valeroso y disciplinado, digno de enfrentarse con la tropa del Rey. Por eso, a partir de esa acción, su actitud estratégica se tornó timorata y defensiva, sin buscar al ejército patriota, sino solo vigilándolo y a la expectativa de sus intenciones.

En cambio, Bolívar obtuvo la iniciativa estratégica y táctica y empezó a explotarla mediante hábiles maniobras militares para engañar a su adversario, obtener contacto con los núcleos guerrilleros que operaban en el Socorro e incrementar su fuerza. Con tales propósitos, el 15 de julio el Libertador hizo un movimiento frente a Barreiro haciéndole creer que regresaría a los llanos por la misma ruta de aproximación; en cambio, retrocedió a Tasco, y luego desvió por el camino de Beteitiva a Belén de Cerinza, a ocupar los ubérrimos valles de Duitama. Pero no asumió del todo la ofensiva, a la espera de las tropas que aún permanecían en el páramo. El comandante español, desconcertado con tal maniobra, para contrarrestarla y recuperar sus comunicaciones con Santa Fe y El Socorro, durante la noche del 17 de julio marchó, por Sogamoso y Tibasosa, a la población de Paipa. A Barreiro le convenía retardar la batalla, en espera del Batallón Tambo, comprometido, a su vez, con las guerrillas en El Socorro, y de otras tropas dispersas en la provincia, mientras que para Bolívar eran ventajosas la celeridad y la acción decisiva.

### Batalla del Pantano de Vargas

La situación previa a la batalla se desarrolló entre los días 19 y 24 de julio, cuando los 2 ejércitos tenían sus puestos de mando en Duitama y Pai-

pa, respectivamente, y sus tropas, separadas por el río Surba, que corre por la sabana de occidente a oriente. Ambos, dedicados a observarse, a complementar su instrucción y a realizar una que otra escaramuza de combate, sin otro propósito que hacer demostraciones individuales de valor, pero sin atacar, debido a los tajos del río, los pantanos y las paredes al pie de las haciendas.

Fue durante estos días cuando el famoso coronel Ramón Nonato Pérez, quien servía sin mando en el ejército patriota, y cuyo valor era temido por los españoles, sufrió una caída mientras amansaba un potro cerril. Bolívar lo envió a Soatá creyendo que el clima templado lo aliviaría, pero allí fue fusilado.

El 24 de julio, el Libertador, por el sitio de los Corrales de Bonza, resolvió maniobrar sobre el flanco derecho del enemigo; probablemente, para seguir por el camino que del Pantano de Vargas conduce a Toca y Tunja y apoderarse de la ciudad y del parque realista y cortar las comunicaciones de su enemigo con Santa Fe, o para ocupar las alturas del Salitre, que lo separaban del ejército realista, para obligarlo a luchar en condiciones desventajosas.

Para lograrlo, debía desprenderse de su enemigo mediante una marcha encubierta y cruzar rápidamente el río Chicamocha. Por eso, Bolívar se valió del alcalde de Tibasosa y de campesinos de la zona, ya como espías o como improvisado cuerpo de ingenieros. Reunidos suficientes peones, los dedicó, con todo sigilo y rapidez, a recolectar madera seca y a construir las balsas necesarias que demandaba la operación de cruce del río Chicamocha.

En la madrugada del 25 empezó el movimiento, pero como varias balsas se descompusieron, el cruce del río se hizo cada vez más lento, lo que permitió a Barreiro enterarse de la situación y, de inmediato, disponer la marcha para ocupar las alturas del Salitre, que dominan la zona, y luego, avanzar hacia el Pantano de Vargas.

El área de la batalla está ubicada a unos diez kilómetros al oriente de la población de Paipa, formada por un valle al que bordean las alturas del Salitre al occidente, y al oriente, los cerros que lo separan de la población de Tibasosa. Puede

tener unos cinco kilómetros de longitud de sur a norte, y dos de ancho, de oriente a occidente. Su parte plana, para la época, estaba surcada por varias quebradas que alimentaban el río Chicamocha —entre ellas, la de Varguitas—, las cuales formaban una zona pantanosa solo transitable por los caminos de Paipa a Tibasosa, que se cruzan con el de Duitama y el de Toca, que va hacia Tunja, en el sitio conocido como Las Ayalas.

El combate se inició a la diez de la mañana, cuando una fracción de reconocimiento de 40 hombres del Batallón Cazadores, destacada hacia las alturas del Salitre para proteger el flanco de la

---

**“¡Camaradas, los que sean valientes  
sígueme, porque en este instante  
triunfamos!”**

---



Foto: Retrato de Fernando VII con uniforme de Capitán General, por Vicente López Portaña (c. 1814-1815). Óleo sobre lienzo, 107,5 x 82,5 cm. Museo del Prado (Madrid).

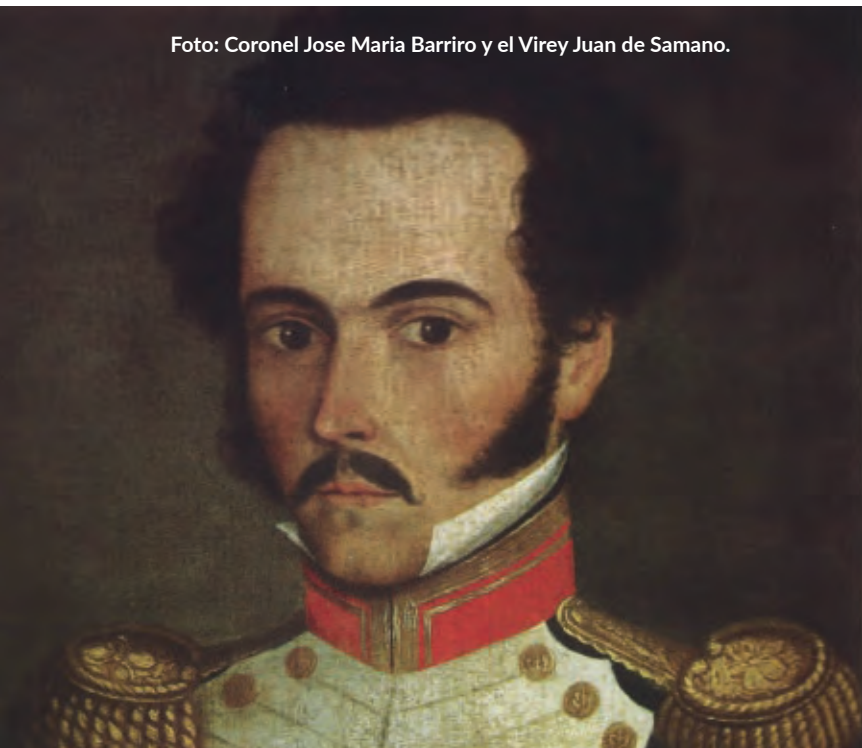
marcha y observar al enemigo, se encontró con su vanguardia, y fue derrotada completamente. Tal situación le dio al ejército español tiempo y espacio para avanzar sobre las alturas que dominan el Pantano de Vargas por el oriente, y ocuparlas con el Batallón Primero del Rey sobre el cerro del Picacho, y el Segundo de Numancia, sobre el cerro del Cangrejo. El Batallón Tercero de Numancia y el Escuadrón de Dragones del Rey fueron dispuestos como reserva en las inmediaciones de la casa de Vargas, donde Barreiro estableció su puesto de mando.

De tal manera, el Ejército Libertador quedó ubicado en condiciones desventajosas en el terreno, metido en un pantano, dominado desde las alturas por su enemigo y con un obstáculo natural a sus espaldas, lo que no daba otra opción sino la de vencer o morir. Pero, llevado por la fuerza moral que da la causa de la libertad, Bolívar dispuso el ataque, única forma de equilibrar la situación. Estableció su puesto de mando en una pequeña altura al lado del camino, desde donde observó el despliegue de su enemigo.

Al medio día, ordenó el ataque hacia el cerro del Picacho, con el Batallón Cazadores, que alcanzó a progresar, pero la densidad de la defensa española, favorecida por su magnífica posición, lo rechazó. Entonces, reforzado con el Primero de Línea, bajo las órdenes del propio Santander, inició de nuevo el avance, y, a pesar del nutrido fuego en contra, logró llegar hasta la altura; pero reforzados los realistas con el Primero del Rey y las compañías de Granaderos del Numancia, obligaron a toda la vanguardia patriota a retroceder hasta el pantano.

Entre tanto, el general Anzoátegui llegó con la retaguardia, por el camino hacia el cerro del Cangrejo, y Bolívar pudo disponer de toda la infantería para cubrir el ataque a lo ancho del frente de combate. Pero los realistas, prevalidos de su posición, rechazaron este nuevo avance e hicieron retroceder a los patriotas a la hondonada, donde quedaron en las peores circunstancias tácticas, dominados desde las alturas y sometidos a fuego certero. Fue este el momento que Barreiro creyó decisivo para acabar con el ejército patriota. Envió a la carga a sus 700 jinetes de dragones, que avanzaron a pasitrote por el camino.

Foto: Coronel Jose María Barriero y el Virey Juan de Samano.



“¡Camaradas, los que sean valientes síganme, porque en este instante triunfamos!”.

Bolívar, quien desde el cerro veía rechazada su infantería y sin posibilidad de retirada, cuando no le quedaba otra reserva sino apenas algo más de dos centenares de jinetes, exasperado por la situación, se atrevió a exclamar delante de ellos: “¡Se nos vino la caballería, y se perdió la batalla!”. El coronel Juan José Rondón, intrépido llanero que no sabía contar el número de sus enemigos, sino que se lanzaba temerariamente contra ellos, contestó al Libertador: “¡¿Cómo se ha de perder la batalla, si ni yo ni mis jinetes hemos peleado?! ¡Déjenos hacer una entrada!”. Expresión del valiente llanero que hizo volver al Libertador a la realidad heroica de las Queseras del Medio, varios de cuyos jinetes estaban presentes. Le contestó a Rondón, con resolución y esperanza: “¡Vaya, coronel! ¡Salve usted la patria!”.

Rondón bajó del cerro, y, agitando su sombrero, llamó a sus hombres, con voz fuerte que aún parece resonar en ese paisaje épico: “¡Camaradas, los que sean valientes síganme, porque en este instante triunfamos!”. Los primeros catorce jinetes que alcanzaron a oír su voz se arrojaron por el camino, sobre el cerrado Escuadrón de Dragones, seguidos por el resto de los llaneros, quienes acometieron a la caballería realista con tal furor que la descontrolaron sin que acertara a defenderse ni a reaccionar con el mismo coraje. Los jinetes españoles de las filas exteriores caían en el camino y sus alrededores, arrollados por las largas lanzas llaneras, manejadas con destreza sin par por Rondón, Juan Carvajal, Inocencio Chincá y todos sus camaradas, que hacían demostraciones de coraje y valor temerarios.

Desorganizado, el escuadrón realista empezó a retroceder, y luego, a huir del campo, perseguido por los llaneros, muchos de los cuales treparon los cerros ante la desconcertada infantería patriota, que veía cómo la situación le cambiaba de manera tan súbita como decisiva. Reanimados y recobrado su aliento, los patriotas reiniciaron su avance hacia los cerros, mientras los españoles, completamente sorprendidos, empezaron a ceder terreno, para que la vanguardia republicana coronara las alturas, en medio del descontrol del enemigo.

Al observar tamaño desconcierto en su ejército, el coronel Barreiro tuvo que ordenar su replie-

**Se acometieron como leones, y el llanero, aun atravesado por la lanza de su oponente y herido de muerte, se lanzó contra el hispano, lo derribó del caballo y lo hirió de muerte con su lanza.**

que general hacia las alturas del Salitre, y dejar el campo de batalla en poder de su oponente. La aproximación de la noche y la lluvia copiosa dieron término a la batalla más sangrienta de toda la Campaña Libertadora, la más fiera, por todos los actos de valor que allí se dieron, no solo entre los decididos llaneros, sino en todo el ejército.

Merecen destacarse, en primer lugar, los nombres de los catorce jinetes de la gloriosa carga de caballería, que la historia recogió en sus más excelsas páginas: teniente coronel Juan José Rondón; sargento mayor Juan Mellao; capitanes Valentín García, Miguel Lara, Domingo Mirabal y Celedonio Sánchez; tenientes José de la Cruz Paredes, Rozo Sánchez, Pablo Matute y Pedro Lanjeros; subtenientes Miguel y Pablo Segovia, y Bonifacio Gutiérrez, y sargentos Saturnino Gutiérrez e Inocencio Chincá. Este último, araucano de nacimiento, sostuvo fiero duelo, en los alrededores el cerro del Cangrejo, con un capitán español de apellido Bedoya, famoso por su valor y su destreza con la lanza. Se acometieron como leones, y el llanero, aun atravesado por la lanza de su oponente y herido de muerte, se lanzó contra el hispano, lo derribó del caballo y lo hirió de muerte con su lanza.

También es digna de mención la valerosa conducta de los comandantes de la Legión Británica: el coronel Jaime Rooke y el sargento mayor John Mackintosh. El primero, gravemente herido, fue evacuado fuera del campo de combate a una pequeña choza, donde el médico dispuso la amputación de su brazo para evitarle gangrena. Rooke, moribundo, tuvo alientos para tomar el miembro amputado y gritar: “¡Viva la patria!”. Como se tenía duda de su origen, inglés o escocés, alguien

**Llevado por la fuerza moral que da la causa de la libertad, Bolívar dispuso el ataque, única forma de equilibrar la situación.**

le preguntó que a cuál de esas dos patrias se refería, a lo que él contestó “A la que me ha de dar sepultura”. Y expiró.

Pero, sin duda, fue el bizarro Rondón el verdadero protagonista de la victoria, como lo reconoció el Libertador. Otro destacado fue el teniente Juan Carvajal, quien peleó con sin igual bravura, y por lo cual fue apodado: “El León del Pantano de Vargas”, y, junto con Rondón, fue ascendido en el campo de batalla.

Barreiro dejó consignado en su parte de batalla la más elocuente expresión de esta jornada:

La columna de reserva recibió orden de flanquearlos y la caballería de cargarlos, en el desfile por donde se hallaban precisados a retirarse. Su destrucción era inevitable, y tan completa que ni uno solo hubiera podido escaparse de la muerte. La desesperación les inspiró una resolución sin ejemplo. Su caballería y su infantería, saliendo de los abismos en que se hallaban, treparon por aquellos cerros con furor. Nuestra infantería, que por un ardor excesivo y por lo escarpado de la posición se hallaba desordenada, no pudo resistir sus fuerzas; sin embargo, les disputó palmo a palmo el terreno y cedieron la posición al enemigo después de la más obstinada defensa.

De tal forma, la Batalla del Pantano de Vargas fue la más cruenta de la campaña. Se combatió durante ocho horas y las pérdidas humanas para los dos ejércitos, entre muertos y heridos, pudo llegar al medio millar en cada ejército, aun cuando, por razones obvias, las dos partes esconden las verdaderas cifras. Pero, además, el ejército realista perdió gran parte de sus caballerías, su vestuario y su armamento. Estas pérdidas hicieron que después de la batalla las dos fuerzas, exhaustas, retrocedieran a sus posiciones anteriores. El Ejército Libertador se situó entre los Corrales de



Foto: Heroína Nacional Policarpa Salavarrieta. ca. 1860. Casa Museo 20 de Julio, Bogotá

Bonza y Duitama, y el realista, en Paipa, donde estableció un cordón defensivo con fuertes puntos de observación sobre las vías de acceso.

Pero, por más ineludibles que sean las consecuencias físicas y materiales de esta batalla, fueron las de orden psicológico las que imperaron con mayor trascendencia en las filas de los dos ejércitos. Barreiro comprendió que si no había podido derrotar a su adversario en condiciones tan favorables, difícilmente lo lograría en lo sucesivo. Por eso, se dedicó a mantenerse a distancia de su enemigo, a controlar su avance y a procurar retroceder hasta Santa Fe, si era posible.

En cambio, el Ejército Libertador cobró todo su ánimo, y con él renovó su propósito victorioso. Y fortalecida su moral con el apoyo de los habitantes de las provincias de Tunja y del Socorro, continuó reforzándose con las guerrillas y los reclutas que empezaron a presentarse al cuartel general, en cumplimiento de la ley marcial dada en Duitama el 27 de julio. 🐦